

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Daniel Nugent (1993),  
Spent Cratridges of Revolution:  
An Anthropical History of Namiquipa, Chihuahua,  
Chicago y Londres,  
The University of Chicago Press, 225 pp.

Para descentrar la revolución

José René Córdova Rascón \*

Desde la intersección entre las parcelas científicas de la historia y la antropología, el autor se propone nada menos que buscar una alternativa al "presente etnográfico" que parasita los estudios antropológicos y, por otro, contar una versión de la historia de una comunidad campesina mexicana donde la Revolución de 1910-1920 no es el hecho central.

Este no es el primer acercamiento del autor al tema de la relación entre los campesinos y la construcción del Estado nacional, ya que desde 1985, ha publicado artículos y presentado ponencias sobre la situación en la región, aunque actualmente es mas conocido su trabajo como compilador y autor de uno de los ensayos en *Every-day Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern México*, editado junto con Gilbert Joseph.

\* Estudiante de la Maestría en Historia del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán. Se le puede enviar correspondencia a Martínez de Navarrete #505, Fracc. Las Fuentes, C. P. 59690, Zamora, Michoacán, correo electrónico: wamba98@yahoo.com

Egresado de la Universidad de Chicago, partidario de los estudios de "grupos subordinados" propuestos por Ranajit Guha y alumno de Friedrich Katz, reconocido mexicanista dedicado a la revolución y especialmente a los revolucionarios chihuahuenses, Nugent enseñó en la Universidad de Arizona y se ligó a la red de antropólogos e historiadores mexicanistas del sudoeste de Estados Unidos como Wayne Cornelius, Marjorie Becker, Gilbert Joseph y por supuesto a su esposa Ana María Alonso, interesada en los estudios de género.

## Una historia antropológica

Las fuentes para el estudio son las entrevistas con los pobladores actuales y una abundantísima documentación de archivo; tanto del archivo local que organizó personalmente, como en la cabecera distrital, la capital del estado y la ciudad de México.

El libro está dividido en siete capítulos, donde el primero resulta una introducción de los conceptos utilizados más adelante y una crítica al presente etnográfico, y el último presenta las conclusiones volviendo al nivel de las generalizaciones teóricas sobre las comunidades campesinas y sus relaciones con el estado nacional y el capitalismo, que intenta convertir la tierra y el trabajo en mercancías.

La parte dedicada a la historia del pueblo inicia en 1660 con la llegada de los primeros colonos españoles a la zona y la fundación del Presidio de Namiquipa en 1778, con una generosa dotación de tierras para los soldados encargados de detener el avance de los apaches, la situación de guerra subsiguiente y la posterior resistencia a los avances de los terratenientes y la participación en los movimientos armados entre 1910 y 1920, como maderistas, villistas y carrancistas.

Es en este periodo, sostiene el autor, cuando se construye la relación entre la tierra y los habitantes de Namiquipa como miembros de una comunidad dedicada a la agricultura de subsistencia, donde la posesión de la tierra se legitima por la pertenencia a la comunidad y la participación en la defensa frente a los apaches.

En la década a partir de 1920, los namiquipenses van a recomponer su relación con el Estado, uno de los ejes conductores de es-

ta narrativa, dividiéndose entre partidarios del ejido, que perciben muy correctamente como una forma de sujeción al gobierno, y la “pequeña propiedad”, nueva expresión de las antiguas “posesiones” legitimadas por la costumbre y la defensa de sus intereses comunes.

Namiquipa se convirtió en 1926, por la vía de la restitución, en un gigantesco ejido donde persisten “pequeñas propiedades” con huertos de manzanas, en contra del carácter colectivo pretendido por la legislación agraria, y un uso tradicional de los “comunes” para pastoreo y siembras de temporal, rechazando y a la vez acomodándose a la conversión de la tierra en una mercancía y a la producción para el mercado.

La economía campesina y la discusión sobre el carácter y la posición en la formación social mexicana del siglo xx de los campesinos es el espinoso tema del sexto capítulo, articulado alrededor de las nociones de trabajo, clase social, estatus y poder en tanto que control de la producción y de los excedentes.

En estos dos últimos capítulos, el autor hace algunos de los señalamientos más interesantes de la obra: señala que el trabajo asalariado temporal en Estados Unidos, además de ser un subsidio de la comunidad campesina a la esfera capitalista del mercado, tiene el carácter inverso, es decir, un subsidio de la economía monetaria al modo de vida campesino que con el dinero obtenido en las ciudades puede sobrevivir y reproducirse tanto económica como culturalmente, en un modo de vida que pasa de ser un ejemplo del subdesarrollo del capitalismo local a ser una forma de resistencia al capitalismo y al estado capitalista.

El Estado y la comunidad campesina, actores centrales del relato del autor, tienen un desarrollo paralelo, en el que los enfrentamientos son determinados por las distintas etapas de desarrollo estatal, que progresivamente va convirtiéndose en un Estado capitalista moderno que intenta controlar de manera distinta la vida en Namiquipa, que tiene un desarrollo paralelo en sus dos siglos de existencia en la frontera (frontier), primero frente a los apaches como avanzada de la civilización, y desde fines del siglo xix, como un foco de resistencia contra el capitalismo depredador o como el actual “municipio problema” partidario de la autonomía de la comunidad y de los productores individuales.

## Namiquipa y la revolución

La Revolución sólo fue uno de los tropos de la relación entre los namiquipenses y su tierra, relación iniciada con la merced presidencial legitimada en la guerra con los apaches, la defensa de la tierra durante el Porfiriato, expresada en la negativa de una parte de los pobladores a aceptar que el Estado postrevolucionario tenía potestad para darles una tierra que poseían desde 1778.

La particularidad de la formación de la comunidad en contraste con la formación del Estado está bien ilustrada por la necesidad de desarrollar una periodización alternativa para entender el primer proceso. El argumento de los ciclos-de-revolución [de Enrique Semo], proporciona una periodización adecuada para analizar la formación del Estado en México y los cambios a nivel nacional. Pero es necesaria una periodización diferente para analizar procesualmente la relación de Namiquipa con el Estado, es por eso que he propuesto una periodización alternativa de la historia de este pueblo "revolucionario" que pone mayor énfasis en su experiencia defendiendo (de hecho construyendo) la comunidad, particularmente durante el siglo XIX, y mucho menos en su valiente rol durante la Revolución de 1910. Mirando más atrás en el pasado podemos encontrar las bases históricas para una memoria social que desafía los términos asentados en las versiones de la historia promulgadas por el Estado (Nugent, 1993:161).

La tierra, elemento central en la identidad y las luchas en Namiquipa como en cualquier comunidad campesina, fue recibida en 1778 de manos del Comandante de las Provincias Internas Teodoro de Croix, defendida como avanzada de la civilización frente a la "barbarie", defensa que legitima la "posesión", con todos los elementos de usufructo que tiene el término, con la participación en la lucha armada y la pertenencia a la comunidad.

Esa experiencia "fronteriza" de lucha y rebelión armada alimentaría una ideología popular de enfrentamiento con el Estado, según la cual la Revolución no fue ganada por los campesinos que lucha-

ron en los campos de batalla y ahora son "cartuchos quemados de esta sangrienta guerra civil" (Nugent, 1993:163), sino por el nuevo Estado.

Después de las grandes construcciones teóricas sobre el Estado nacional, los movimientos políticos en los pasillos del poder y las biografías de los grandes hombres de todos los bandos, este trabajo revisa los resortes íntimos de las comunidades campesinas de donde salieron los soldados y algunos de los jefes revolucionarios.

Pero ése no es su único aporte, ya que muestra a historiadores y antropólogos la importancia de la "larga duración" de los procesos que dan forma a la ideología popular en el enfrentamiento cotidiano por la tierra, por los excedentes del trabajo y por el futuro del proyecto colectivo con actores externos como el Estado o la pequeña burguesía local interesada en hacer "una inversión en tierras".

Nugent no sólo presenta el conflicto externo y la cooperación interna, lo cual sería una caricatura muy extendida, sino las diferencias dentro del grupo reveladas en coyunturas tan trascendentales como la decisión de aceptar el estatuto legal de ejido en 1926.

Esperemos que nuevos estudios de esta profundidad de conocimiento y amplitud de miras completen el cuadro de la historia de aquellos que hicieron la Revolución que cambió al país, a sus comunidades y su forma de ver el mundo.

